

Y el tálamo nupcial fausta le ornaba;
 Cuando sus gracias, su sensible pecho,
 Su amable sencillez... la muerte impía
 ¡Ay! presa en ella hizo,
 Y en polvo y humo todo se deshizo.
 No há nada yo la vi con planta airosa
 La tierra despreciar; yo vi sus ojos
 Arteros, rutilantes,
 Y en sus labios las risas revolantes,
 La vi de la discreta Galatea
 Al lado en la carroza, mil cautivos
 Hacerse; ¡oh! ¡qué donoso
 Semblante! ¡qué agasajo tan gracioso!
 ¡Husión triste de la ciega mente!
 ¿Qué fué de todo ya? ¡quién te dijera
 ¡Oh Nise! en aquel día
 Que la tumba á tus piés el hado abría?
 ¿Quién que á tus padres de perenne duelo
 Causa infausta crecías? ¡ni á mi musa,
 Que cuando te cantase,
 Tus exequias llorando celebrase?
 Mas no, llorar no debe; venturosa,
 Rápida pasajera en plazo breve,
 La orilla abandonada,
 En blanda paz acabas la jornada.
 Hallaste amargo de la vida el cáliz;
 Y del huyendo el inocente labio,
 Más beber no quisiste;
 Y azorada en la tumba te escondiste.
 Tu alma feliz, sin conocer del mundo
 Los lazos, las traiciones, voló al cielo,
 Do, como virgen pura,
 De eternal palma goza ya segura;
 Y entre mil celestiales compañeras,
 Los conciertos armónicos siguiendo,
 Coronada de flores,
 Rinde al Señor altísimos loores.
 ¡Nise! reposa en paz; mas si á la gloria,
 Do ries, suben mundanales áusias,
 Blanda oye estos gemidos,
 Por toda alma sensible á tí debidos.

ODA XXVI.

AL CAPITAN DON JOSÉ CADALSO, DE LA SUBLIMIDAD
 DE SUS DOS ODAS Á MORATIN.

De pompa, majestad y gloria llena,
 Baja, sonora Clio,
 Y heroico aliento inspira al pecho mio
 Con fausto soplo y redundante vena (1)
 Para que cante osado
 El verso de Dalmiro arrebatado.
 Arrebatado al esplendente cielo
 Y á los dioses, que atentos
 A lo sublime están de sus acentos,
 Dicha tal envidiando al bajo suelo,
 Que goza en el poeta
 Su gloria, su delicia y paz completa.
 Y las fúlgidas mesas olvidando,
 Que Jove presidia,
 El néctar abandonan y ambrosia,
 Bajando todos de tropel volando;
 Y aun Jove, al verse solo,
 También se inclina desde el alto polo,
 A gozar trasportados los loores
 Qué de Moratin (2) canta
 El que al divino Herrera se adelanta;
 Y tal vez algun dios de los menores,
 Cual Bacante furiosa,
 La cítara acompaña sonora.
 Mas ¡qué sacro furor hierve en mi pecho,
 Que entró sin ser sentido,
 Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
 Ya el orbe inmenso me parece estrecho,
 Y mi voz, más robusta,
 Al número del verso no se ajusta.

(1) Variante: abundante vena.

(2) Don Nicolás Fernandez de Moratin, insigne poeta y amigo suyo.

Cual suele el sacerdote arrebatado
 Del claro dios de Delo
 Mirar con faz ardiente tierra y cielo,
 Y el pecho y el cabello levantado,
 Con sus voces espanta,
 La tripode oprimiendo con la planta;
 Así yo tiemblo, y el furor que siento,
 Me inspira que le cante,
 No blandiendo el aceró centellante,
 La roja cruz al pecho que ardimiento
 Da al pundonor hispano,
 Huyendo al verla el bárbaro africano;
 No en el caballo que del dueño siente
 El poderoso mando,
 Tascando espumas y relinchos dando;
 Y el casco bate y gozase impaciente,
 Cuando al són de las trompas
 Su escuadron rige entre marciales pompas.
 Mas, si, pulsando la grandiosa lira
 Con el marfil agudo,
 Que hombres y fieras domeñar bien pudo;
 O cuando en ayos flebiles suspira,
 Tu muerte, Filis, llora,
 Y al sordo cielo en tu favor implora.
 Al sordo cielo, que ordenado hubiera
 Que el vil suelo dejases,
 Y á su alto asiento exhalacion volases;
 Planta fugaz de efimera carrera,
 Que con el sol florece,
 Y con su ocaso lánguida fenece.
 Ceñida de laurel la sien gloriosa,
 Que Febo agradecido,
 Sirviéndole las Musas, ha tejido:
 Y á la alma Vénus de mirar graciosa,
 Que con divina mano
 Un mirto enlaza al lauro soberano;
 Con los dioses menores que le cercan,
 Y él trinando entre todos
 Con blando acento y lamentables modos,
 Atónitos algunos no se acercan,
 O en planta van callada,
 Por no turbar su música extremada.
 ¿Cuál claro vate por el ancho mundo
 Feliz lograra tanto?

¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,
 No ya de los del tártaro profundo,
 Sino de las mansiones
 Do suben poco inclitos varones?
 Orfeo y Anfion, tanto ensalzados,
 Que en dulce són llevaban
 Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,
 Y el que los hondos piélagos alzados (3)
 Calmó con blando acento,
 Y la vida salvó por su instrumento;
 La cítara de Pindaro divino,
 Y la trompa de Homero,
 Y el claro cisne que cantó guerrero
 Las armas y el varon que á Italia vino,
 Atónitos atiendan,
 Y á herir, Dalmiro, el plectro de tí aprendan.
 Las dulces moradoras de Hipocrene
 No con labio canoro
 Unicas sigan tu vihuela de oro,
 Cuando su trino, rubio Cinto, llene
 Los cielos de alegría,
 Pues ya un mortal semeja su armonía.
 Y tú, salve, poeta soberano,
 Y con nueva corona
 Tu frente se orne, ¡oh gloria de Heliconal
 La patria te la ponga por su mano,
 Y en su amor tú encendido,
 Con tus versos la libres del olvido.
 Salve ¡oh Dalmiro! salve, y venturoso,
 De mil varones claros
 Las inclitas virtudes y hechos raros

(3) Así escribió MELENDEZ estos cuatro versos en un principio:

Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
 Que al dulce són movían
 Hombres, fieras y montes do querían,
 Y el que los hondos mares alterados....

Sublime canta en verso numeroso (1);
 Tu fama hinchendo el suelo,
 Rauda se encumbra al estrellado cielo.

ODA XXVII.

EN UNA SALIDA DE LA CÔRTE.

¡Oh! ¡con qué silbos resonando affige
 El aquilon mi oído! en negras nubes
 Encapotado el cielo,
 El rápido huracan revuélve el suelo.
 El blando otoño se amedrenta y cede
 Al invierno sañudo, que entre nieblas
 Alza su frente umbria
 Por la enriscada cumbre del Fuenfría.
 Cesan mudas las aves, largas lluvias
 Inundan los collados, á un torrente
 Otro torrente oprime,
 Y el lento buey con el arado gime.
 Oigo tu voz, Minerva; ya me ordenas
 La còrte abandonar por el retiro
 Pacífico y el coro
 De divinos poetas. El canoro
 Cisne de Mantua y el amable Teyo,
 La dulce abeja del ameno Tibur,
 Laso y el culto Herrera
 Del Tórmes á la plácida ribera
 Me arrastran; y tú, en lauro coronado,
 ¡Oh gran Leon! que tu laud hiriendo,
 Tierno en el bosque umbrío
 Frenaste el curso al despeñado río.
 La falsa còrte y novelero vulgo
 Desdeña el númen; los tendidos valles
 Y el silencio le agrada,
 Y la altísima sierra al cielo alzada.
 En ocio y paz de la verdad atiende
 Allí la angustia voz, el alma dócil
 Su clara luz recibe,
 Huye el error, y la virtud revive.
 Y al cielo alzados los clementes ojos,
 Le seña con la mano la ardua cumbre
 Do la gloria se asienta,
 Y á su lauro inmortal el pecho alienta.
 Con vuestra llama inflamará mi aliento,
 ¡Oh blandos cisnes de Helicon! y alegre
 Burlaré del oscuro
 Pluvioso Enero en el hogar seguro;
 Que también algun día silbó el noto
 Sobre vuestras cabezas; y aterido
 También quiso el invierno
 El eco helar de vuestro labio tierno.
 ¡Ay! ¡qué dura en el mundo? al albo día
 La noche apremia; desaparece el año;
 Y juventud graciosa
 Cede fugaz á la vejez rugosa.
 ¿A qué afanar para un instante solo?
 Ya me acecha la muerte; y ni los ruegos
 Enternecen la cruda,
 Ni hay escapar de su guadaña aguda.
 Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
 Polvo y nada entraré; sin que más deje,
 ¡Oh amargo desconsuelo!
 Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

ODA XXVIII.

AL OTOÑO.

Fugaz otoño, tente,
 Que embriagada en placer el alma mia
 Con tu favor se siente;
 Y en su dulce alegría,
 Porque atras tornes, votos mil te envía.
 Tente; deja que goce
 Tu plácida beldad feliz el suelo,
 Y el hombre se alboroce,
 Viendo cuál colma el cielo

(1) Trataba de celebrar á los varones más ilustres de España, así en armas como en letras, imitando á Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Con tu abundancia opima su desvelo.
 No atiendas, ¡oh corona
 Deliciosa del año, eterno esposo
 De la amable Pomona!
 No atiendas desdeñoso
 El ruego de los hombres fervoroso.
 Por tí la selva y prado
 De hojas viste y de flores primavera;
 Y en estío abrasado
 Con más ardua carrera
 Se pierde el día en la luciente esfera.
 Todas las estaciones
 Te sirven á porfía; y dadivosa,
 Desparciendo sus dones,
 Tu mano con vistosa
 Profusion orna el mundo carifiosa.
 Yo cantaré tus bienes,
 Padre de la abundancia, coronado
 De pámpanos las sienes,
 Entre parras sentado
 Al rayo bienhechor del sol templado;
 Ocioso, en paz siave,
 De vil adulacion libre el oído,
 Lejos la rota nave
 Del golfo embravecido,
 Y en tu belleza el ánimo embebido.
 ¿Qué perfumes, qué olores
 Lleva el aura en sus alas? ¡qué verdura
 Es ésta y tiernas flores?
 ¿Qué rica vestidura
 Cubre súbito el suelo de hermosura?
 Doquier me torno, veo
 Mil delicados frutos; la granada
 Brinda hermosa al deseo,
 Y en la rama colgada,
 Mece el viento la poma sazonada.
 Los huertos, las laderas
 Brillan en mil colores á porfía;
 Las aves lisonjeras
 Hincen con su armonía
 De deleite los pechos y alegría.
 El rústico inocente
 De su sudor el fruto con usura
 Recoge diligente;
 Y ponderar procura
 Con sencillas palabras su ventura;
 O en más altas canciones
 Tus dones, rico otoño, alegre dice;
 Los celestiales dones
 Con que le haces felice,
 Y en su grato entusiasmo te bendice.
 Que tú su pecho llenas
 De gozo y confianza; y al futuro
 Arado y á las penas
 Del ejercicio duro
 Le haces volar en corazon seguro.
 A tí solo armoniosa
 Mi lira ensalzará; no los ardores
 Del Leon, ó la octosa
 Estacion de las flores,
 Ni del sañudo invierno los rigores.
 Ensalzará cantando
 Tu belleza, tu calma, tu frescura;
 Mientras su hervor templando,
 Deja el sol que segura
 Trisque y vague en el prado la hermosura.
 Arrebolado el cielo,
 La atmósfera tranquila, manso el río,
 Del viento el leve vuelo
 Y el soto verde umbrío
 Saltar hacen de gozo al pecho mio.
 Mas ¡qué insanos clamores?
 ¿Qué algazara de súbito ha sonado?
 Ya de vendimiadores
 Las lomas se han poblado,
 Y el dios del vino la señal ha dado,
 Remuévense las cubas;
 Entre confusas voces y tonadas,
 Las sazonadas uvas
 Del vástago cortadas,
 Danzando son del pisador holladas,
 El tórculo resuena;

En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena,
Y con grita triunfante
Corre en torno y lo aplaude el tierno infante.
Todo es risas y gozo;
La sencilla rapaza á su querido
Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déjale corrido.
La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros á porfía
El néctar regalado
En que el tierno racimo se ha tornado.
Ven, pues, ¡oh dios del vino!
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino;
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares silenciosos.
Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades, y ya el cielo,
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido invierno anuncia al suelo.

ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYECTOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

Huye, Licio, la vida;
Huye fugaz cual rápida saeta
Del arco despedida,
Cual fulgido cometa
Que al ciego vulgo pavoroso inquieta.
Ensueño desaparece,
Niebla del sol al rayo se derrama,
Sombra se desvanece,
Y espira débil llama,
Que apaga un soplo, si otro soplo inflama.
¿Qué fué de los pasados
Hervores del amor? ¿de la alegría
Y cantos regalados,
Y ufana lozanía,
En que tu seno y juventud bullia?
Nada quedó; la rosa,
Que un día cuenta en su vital carrera,
Renace más hermosa
Cuando la primavera
Ríe purpúrea en la celeste esfera.
El bosque á quien impio
Abrego roba su gentil belleza,
Con nuevo señorío
La entoldada cabeza
Levanta, y á brillar con Mayo empieza;
Grato asilo á las aves,
Que en su verde follaje, en voz canora
Trinando van suaves,
Y en sombra bienhechora
Brinda al cansancio que á Morfeo implora.
Sólo el vital aliento
Pasa, y no tornará; tu clara mente,
Y este mi llano acento
Por siempre al inclemente
Orco irán, que á los pies temblar se siente.
El su boca insaciable
Abre inmenso, y sepulta en sus horrores,
A par del miserable,
Del mundo á los señores,
Y al seno virginal bullendo amores.
Recoge, pues, el vuelo;
De árboles tanta copia derramada
Con que abrumas el suelo;
La casa alta, labrada,
De mármoles lustrosos adornada;
La extranjera vajilla,
Tanto milagro del pincel y tanta
Costosa maravilla,
Que los ojos encanta,
Y en que á natura el arte se adelanta;
Todo, cuando ominoso

Te hunda en la tumba inexorable el hado,
Lo dejarás lloroso,
Sólo ¡ay desventurado!
De un lienzo vil tu cuerpo rodeado.
Sin que en tu inmenso duelo,
Ni el alto grado do te alzó la suerte,
Ni tanto claro abuelo
Basten á guarecerte
Del dardo inevitable de la muerte;
Entrando en pos, gozosa,
La mano á derramar de un heredero
Cuanto hoy junta afanosa
De alhajas y dinero
La tuya, en feudo grave al mundo entero,
Y aun te agitas y sudas,
Y en negocios te engolfas noche y día,
Planes, empresas mudas,
Y en eterna agonía
De inerte culpas la prudencia mia!
Mejor será que imites
Esta feliz prudencia; en lo presente
La esperanza límites,
Y cedas al torrente
Que nos arrastra, como yo paciente.
Un velo denso, oscuro,
Que en vista humana traspasar no cabe,
Envuelve lo futuro;
Y el cielo en triple llave
Lo guarda, que abrir solo el tiempo sabe.
Así, pues, sin ruido
Días y casos presurosos vuelen,
Tú en pacífico olvido;
Y otros teman y anhelan,
O en la corte falaz miseros velen.
Minerva nos convida,
Dándonos la amistad su dulce abrazo;
Sin duelo de la vida
Llegarse el fatal plazo
Miremos, Licio, en su genial regazo.

ODA XXX.

CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI GENIO EN LOS DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro, de felice vuelo,
Dame, ¡oh genio divino!
A quien impuso favorable el cielo
Velar en mi destino.
Huiré veloz de esta llorosa tierra
A otra region más pura,
Do libre y lejos tan infanda guerra,
Respire en paz segura.
Doquier incendios, crímenes, gemidos,
Sangre, y muertes, y horrores,
Y tigres miro, sin piedad ni oídos
Al ruego y los clamores.
¡Execrable maldad! ciego el ibero
De un furor inhumano,
Fulmina impio el reluciente acero
Contra su propio hermano.
Sopla la inmensa llama, en faz aleve,
La anarquía orgullosa,
Y el sello forja que su frente lleve
De servidumbre odiosa;
Agujando con fiera gritería
Del vulgo atroz la saña.
¡Será ¡ay! que llegue el postrimer día
A la infeliz España,
Así dispuesto, por ejemplo al mundo
Y á todas las edades,
Del cielo, airado, en su saber profundo,
Contra nuestras maldades?
Y su nombre, otro tiempo tan temido,
Y su prez y alta gloria,
Blason tanto y afan esclarecido,
Que engrandece la historia
De nuestros padres, y feliz la fama
De las puertas de Oriente
Con su trompa inmortal volando aclama
Al lóbrego Occidente,
Al hondo olvido irán por la bajeza

De sus degenerados
Bastardos nietos, en la vil pobreza
Y el oprobio abismados?
Y á ultraje tanto á la enemiga suerte,
En su encono inflexible,
Guardarme plugo, sin ahogar la muerte
Mi corazón sensible!
Tus alas, paraninfo, vagarosas
Dame, dame benigno;
A las esferas preparé lumbrosas,
Y huiré este suelo indigno,
Donde al delito entronizado veo,
La virtud lacerada,
La verdad santa del error trofeo,
Y la inocencia hollada.
O vide, ó parecióme que á mi anhelo
Mi genio condolido,
Raudo bajando del excelso cielo,
Así sonó en mi oído:
«Firme sosten y con serena frente;
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad; pasa el torrente,
Y él se alza muy más fiero.
»Seguirá el sol tras la tiniebla oscura,
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo, y tu constancia apura,
La paz consoladora.
»Héla cual iris asomar radiante,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.
»Vuelto el ibero de su error impio,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado;
»Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana,
Y á una todos con lágrimas reirse
De esta cólera insana.
»Plácidos días de inmortal contento
Correrán y reposo,
Cual en pos del invierno turbulento
Asoma Abril hermoso.
»Y de su helado sueño despertando,
Parece que revive
El anecho suelo con su aliento blando,
Y un nuevo sér recibe.
»Tú el choque, en tanto, con inmóvil planta
Resiste del destino,
Que así las olas hórridas quebranta
Escollo al mar vecino.
»Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su argüida frente hieren;
Instan, bátenlo, tornan, y en ligera
Niebla deshechas mueren.
»Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interés, á un vil despecho;
Y allí espera seguro,
»Mientras el cielo plácido se ostenta,
Y un viento más suave
Lleva al puerto, en tan áspera tormenta,
La malparada nave.»
Dijo, y desapareció.... Tu aviso santo
Dócil y humilde sígo.
¡Oh genio celestial! séme tú en tanto
Guarda y potente abrigo.

ODA XXXI.

Á MI AMIGO DON MANUEL MARÍA CAMBRONERO, POR SU SENSIBILIDAD Y SU AMOR Á LA PATRIA. ESCRITA EN DICIEMBRE DE 1813.

¡Oh, qué dón tan funesto
Es, Fabio mio, un corazón sensible,
Cual débil muro puesto
De un mar airado al impetu terrible,
Siempre inerme y desnudo
Al punzante dolor, mal reparado
Contra su dardo agudo,
Va quien lo abriga, sin cesar llagado;

Pues cual vivaz espejo,
Que cuantas formas fulgido recibe
Nos presenta en reflejo,
En él grabado el mal ajeno vive.
Tierno padre y esposo,
Por su grey cara pródigo se azora;
Hijo humilde y cuidadoso,
Sus canos padres padeciendo adora.
De cuantos seres ama
La aciaga suerte el ánimo le oprime;
Por su patria se inflama
De santo amor, y en sus angustias gime.
Hombre, ve esclavo al mundo
Del error y la odiosa tiranía,
Y en su duelo profundo,
Sin la virtud su sér maldeciría.
Sufren el bruto, el ave
Del aterido invierno la asperceza,
Y á sus ansias no sabe
Solicita negarse su terneza.
Cuantos objetos mira,
Tantos le llevan desvelado el pecho,
Y por todos suspira
Y anhela y tiembla, en lágrimas deshecho.
Bien cual tú, Fabio mio,
Cuyo sensible corazón padece
Por cuanto el hado impio
Ora acingo á nuestra patria ofrece.
Vesla, su paz perdida,
Su augusto nombre y su blason ajado,
Y con tu propia vida
Tornarle ansiaras un esplendor pasado.
De mil hijos que anhelan
Servirla fieles, y de sí aún separa,
Las cuitas te desvelan,
Y del tuyo su bien tu amor comprará.
Del encono ominoso
Que en ella atiza la discordia impia,
El término azaroso
Tu seno abisma en misera agonía,
Y allá en tu clara mente
No hay mal que sufra, que infeliz la amague,
Por que tu amor ferviente
No gima, y feudo en lágrimas le pague.
Ella podrá, engañada,
Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,
Nuestra fortuna hollada,
De oprobio el nombre y de calumnias lleno.
Podrá hacer que bebamos
El cáliz hasta el fin de la amargura;
Que miseros gimamos
En orfandad y en indigencia dura;
Mas hacer jamas puede
Que nuestro honrado pecho la desame;
Ni aunque el suelo nos vede,
Que madre el labio sin cesar la llame.
Madre que ilusa ó ciega
La espalda vuelve á nuestro justo ruego;
Y á escucharnos se niega
Cuanto es más puro nuestro noble fuego;
Empero, en quien perdidos
Los ojos fijáremos espirando,
Más y más á ella unidos,
En trance tal aun su ventura ansiando.

ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTÁ EN NOSOTROS MISMOS.

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado,
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.
Ten acorde á tu suerte
Sin cesar el deseo;
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;
Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo,
Providente natura

Para tu bien presenta
Doquier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
Escoge: un claro día,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría;
El viento que bullente
Jugando entre las flores,
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente;
Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que, abrazados sus vástagos, se besan;
El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino,
Y hasta en la noche oscura
El sinfin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura;
Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede,
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.
Ni hay afombradas salas
O riquezas iguales,
Ni llegan los alcázares reales
A pompa tanta y naturales galas,
O más grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro
Que serpeando el ánimo adormece;
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija; en su bullir festivo,
¿Qué pecho habrá que al júbilo resista?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorrumpe á veces, ¡oh dolor! deshecho,
Aun tiene su placer y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena,
Y entre ellas torna á recobrar la vida.
Bien como el caminante
Que en medio la ágría cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima, que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo así proba lo.
Triste ¡ay! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío,
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo,
Ni jamás del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No, pues, necio, te exhales
En quejas omínicas;
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

ODA XXXIII.

QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y EL LLANTO.

¿Te admiras de que lloro;
De que mi blando pecho
Brote en lluvia de lágrimas deshecho,
Y al santo cielo tan ferviente imploro?
No femenil flaqueza
Ni torpe cobardía
Causa á mi lloro son; que el alma mía
Sabe sufrir con rígida entereza.
Y ya un tiempo pudiste
Impávida en los males
Notar mi frente igual; ¿viste señales
De miedo en mí, ni lamentar me oíste?
Hoy por doquier que miro,
En eterna amargura

Hallo al mortal gemir; de mi ternura
Mi llanto nace, y por su mal suspiro;
Que un dulce sentimiento
Uniéndome á sus penas,
Me veda ya el mirarlas como ajenas,
Y hombre, los males de los hombres siento.
Y ¡qué! ¿tú no has probado
El placer delicioso
De llorar, Julio, alguna vez? ¿Lumbroso
Te rió siempre el cielo y despejado?
¿Grata siempre tu amante
Oyó tu fe amorosa?
¿Nunca esquivas te huyó, nunca celosa,
Nunca por otro te dejó, inconstante?
¿Siempre á tu fino amigo
Miró fausta su estrella?
¿No hirió tu oído su infeliz querella,
Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?
¿No viste en triste duelo
Tus padres venerandos,
Ni en los horrores de la guerra infandos
Taladas mieses, devastado el suelo?
¿Miseró tú, si entonces,
Seco el raudal torrente
Que ora inunda mi faz, de yerta frente
Fuiste á mal tanto, y corazón de bronce;
Pero tu pecho es bueno,
Y condolerte sabes;
No, pues, de ver al infeliz te alabas
Con ojo enjuto y ánimo sereno.
A mí no es concedido
Frenar, amigo, el llanto
En su suerte fatal, sensible tanto
Cuanto he casos más ásperos sufrido;
Y el que olvidado gime,
O en destierro ominoso,
O á la calumnia y á la envidia odioso,
Tiembra al poder que bárbaro le oprime,
Siempre mi pecho abierto
Hallarán á su pena,
Siempre mi lengua de consuelos llena,
Y mi rostro de lágrimas cubierto.
Otro aplauda en buen hora
Su firmeza insensible,
Y roca, á la piedad inaccesible,
Ría al que triste con el triste llora;
Que yo obligado al cielo
Del dón de mi ternura,
Si no alcanzo á aliviar la desventura,
De llorar logro el celestial consuelo.

ODA XXXIV.

A MIS LIBROS.

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde continuo á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma;
Rico tesoro, deliciosa vena
Do puros manan, cual el alma rayo
Que Febo lanza, esclareciendo el orbe
Santos avisos;
Donde Minerva providente ceta
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados.
Do de los siglos la fugaz imágen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito.
Nunca dejéis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala,
Vuestra doctrina el corazón eleva,
Vuestra dulzura oídica el oído
Mágica aduerme;
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre,

Madre fecunda.
Por vos escucho en el aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace,
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre, y si tu mente alada,
Sublime Newton, al Olimpo vuela,
Raudal te sigo.
En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro;
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera.
Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur,
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio (1).
Viéndome así del universo mundo
Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
Nunca preciados, do la muerte ¡oh libros!
Lleve mi vida, cesaréis de serme,
Ora me encumbra favorable, y ora
Fiera me abata;
Bien me revuelva en tráfigos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne,
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

ODA XXXV (2).

Almas sublimes, cuyo afán dichoso
Llegó do de belleza
Los tesoros guardó naturaleza,
De vuestro genio ardiente en tan gozoso
Y afortunado día
Mi espíritu llenad, á la alegría
Venid universal, y su memoria
Consagrad en el templo de la gloria.
La paz, la dulce paz del alto cielo
Bajó á la humilde tierra
Y ahuyentó los furros de la guerra;
Cual el sol, rey del día, el denso velo
Rompe de nube oscura,
Y el orbe llena de su lumbre pura,
En las cumbres del cielo sublimado
De inaccesible resplandor cercado.
La paz, la dulce paz ha descendido
A reparar los males
Que lloraban los míseros mortales,
A nuestras tiernas súplicas su oído
Concediendo apiadado,
Y en cuna de oro y de marfil labrada
Bajando en rico dón á los iberos
Campos desde la gloria dos luceros.
Dos cándidos luceros, dos hermosos
Infantes, que algún día
Su consuelo serán y su alegría.
Del helado Fuenfria los umbrosos
Valles, con grato estruendo,
«Dos cándidos luceros» van diciendo;
Oyelo Guadarrama y se alborozó,
Y el aura, repitiéndolo, se goza.
A los climas opuestos voladora
La fama alegre lleva
Tan agradable no esperada nueva.
Desde el poniente al reino de la aurora
Se oye en dulce ruido:
«Dos cándidos luceros han nacido.»
La paz, sólo la paz los aires llena,
Y «Carlos y Felipe» el eco suena.
¡Carlos! ¡Felipe! nombres deliciosos

(1) El dulcísimo poeta Garcilaso.
(2) Esta oda fué leída por MELÉNDEZ en el acto de la distribución de premios de la Academia de San Fernando, en 1784. — Más que á las artes, está dedicada la oda á celebrar la paz con Inglaterra y el nacimiento de los infantes gemelos; acontecimientos que cantaron entonces casi todos los poetas de España. Esta composición no fué publicada en las *Poetas* del autor.

Á las iberias gentes,
Que el cielo dió á sus súplicas ardientes.
¡Vivid, creced y dominad gloriosos!
Ya las guerras cesaron,
Y mil himnos de gozo resonaron.
¡Creced, niños reales,
Creced; del mundo cesarán los males!
La tierra os reverencia, enmudecida,
Y os ofrece sus flores,
Sus bálsamos el Asia, y sus olores
Y sus palmas el Africa rendida,
América tesoros,
Y Europa de poetas dulces coros,
Que del mísero suelo
Os alzan á la bóveda del cielo.
El Héspero feliz gozará un día,
Por vosotros tornada
En su puro candor la edad dorada.
¡Cumplid, cielos, tan fausta profecía!
¡Cumplida, y que á su lado
El bélico furor yazca aherrojado,
Y la industria florezca,
Reine la paz y la justicia crezca!
Y tú, ilustre Academia, que inmortales
Con tus doctos pinceles
Los ínclitos varones hacer sueles,
Anima de colores celestiales
El lienzo en honra suya,
Y en mármoles que el tiempo no destruya
Haz que un nuevo Lysipo
Nos eternice á Carlos y Filipino.
La patria lo demanda, y en tí espera
Que presto renacidos
Los nombres le darás esclarecidos
De Velazquez, Murillo, Cano, Herrera,
La juventud gozosa
Que acabas de premiar, ya codiciosa
Los imita y los sigue.
¡Oh si vencerlos con su ardor consigue!
Entonces, ¡oh Academia! sublimada
En gloria al alto cielo,
De ilustres hijos cubrirás el suelo,
Y á la edad llevarás más apartada,
Por su pincel divino,
El natalicio augusto y peregrino,
Causa de nuestro gozo,
Y al real abuelo lleno de alborozo.
Ante las aras te pondrás postrado,
Y el semblante encendido
Cual en ferviente súplica embebido,
En un grupo de nubes nacarado
Dos infantes reales
Le ofrecerá la paz en todo iguales,
Y él ledo los reciba,
Clamando un pueblo inmenso ¡Viva! ¡Viva!

EPÍSTOLAS.

EPÍSTOLA PRIMERA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ, EXHORTANDO A SU EXCELENCIA Á QUE EN LA PAZ CONTINÚE SU PROTECCION Á LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena,
A vos llega feliz la musa mía.
Disculpádla, señor, si acaso ajena
De un delicado acento cortesano,
Ruda os saluda, si de afecto llena.
Benigno sois, y miraréis humano
Á quien sólo agradaos fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.
Del congojoso mando en la amargura,
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura.
Las celestiales Musas, que nos llevan,